

## LA PIANISTA DEL CAFÉ COLON

emoción que embargaba a ambos permitiera a uno explicar el porqué de su presencia y al otro solicitar esa explicación.

Ya en uno de los coches del Anglo, Videla comenzó a explicarse.

Con palabras cálidas y sencillas, nada rebuscadas, le fué haciendo conocer el pesar que la negativa de ella causara en su alma.

Le dijo que se convenía más que nunca, de que el amor de que le hablara antes era hondo y sincero; que él, el hombre hecho a las aventuras, capitulaba confesando que por primera vez las saetas de Cupido habían tocado las fibras de su corazón.

—Ya que en usted, Márgara, — continuó — sólo existe amistad hacia mí, ruego me conceda la dicha de tener una esperanza, nada más que una esperanza... Estando cerca suyo, aunque sea en condición de amigo, mi sufrimiento se mitigará.

La pianista lo escuchó emocionada.

Desde el comienzo de las palabras de César la lucha entre su conciencia y su corazón se entabló más encarnizada que nunca.

El corazón que antes fuera derrotado por la conciencia aportó a la batalla todas sus energías, anheloso del desquite.

Y el corazón triunfó.

¿Por qué no acceder a cultivar esa amistad? ¿Qué se lo prohibía?

Márgara capituló.

Esa noche, al besar a su Aída, sus besos fueron más dulces, más cariñosos, más intensos.

César, por su parte, por primera vez faltó al club. Los recuerdos de la escena pasada fueron sus compañeros nocturnos.

Las sombras de su pieza de soltero siempre eran oscuras.

Las sombras de su alma ahora eran menos densas.

### V

CREI que hoy no vendría. Como no lo ví en la esquina...

—Me entretuve; pero faltar, nunca. ¿Podré alguna vez abandonarla?

Márgara envolvió a César en una mirada de reconocimiento.

Las entrevistas eran diarias. El la acompañaba hasta el café y al retornar al departamento la esperaba para acompañarla. Se habían hecho íntimos amigos; su amistad parecía datar de años. Videla, siempre respetuoso, nunca tocó el tema primitivo. Ella, muy hábil, nunca lo provocó.

Márgara, bañándolo con la luz de sus ojos glaucos, lo interrogó:

—¿Y su promesa de ayer?

—¿Mi promesa?

—Sí; ¿no me iba a contar su vida?

—Lo haré siempre que usted me confiese...

—¿Que le confiese qué?

—¡No; es preferible que me calle! Si hablara, quebrantaría una promesa que yo mismo me he impuesto.